

Oppenheim



**EL ULTIMO
TREN**

Novela escrita en 1940. La historia tiene lugar entre el *Anschluss*, la toma de posesión nazi de Austria en marzo de 1938 y la invasión de Polonia en septiembre de 1939.

Carlos Mildenhall es un diplomático británico joven y enérgico que viaja por Viena en vísperas de la invasión alemana. Muchos judíos ya han sido llevados y sus propiedades confiscadas. Hay tensión en el aire y se habla de la próxima invasión de Polonia si Inglaterra y Francia no se involucran.

Mildenhall se encuentra en un banco con el Sr. Leopold Benjamin, un judío bien conocido y rico cuyas altas conexiones pueden mantenerlo fuera de problemas, por ahora. Invita a Mildenhall a cenar en su finca esa noche. Los invitados incluyen a la princesa Sofía, la baronesa von Ballinstrode, la asistente de Leopold, Patricia, y su mano derecha, Marius Blute. Su casa se parece más a un museo con obras de arte invaluable que cubren las paredes, y cuando se le pide que vea el resto de la colección, misteriosamente se rechaza. No conocen sus meticulosos planes para salvar la obra de arte de los nazis.

Dieciocho meses después, Mildenhall regresa a una Viena muy diferente bajo control alemán. Benjamin había desaparecido después de esa cena y falta su colección de arte invaluable. Es recibido de regreso a su antiguo hotel donde ha dejado algo de dinero en la caja fuerte y comienza a buscar a Patricia y Blute. Debilitados y hambrientos, le cuentan sus tristes circunstancias y él se sorprende al saber que han estado ocultando la colección de arte a los nazis. Necesitan sus conexiones diplomáticas para ayudar a sacarlo del país a la mañana siguiente, en el último tren que sale de Viena.

Es una aventura tensa y emocionante, con espías subterráneos, nazis crueles, compatriotas heroicos y un plan deses-

perado e inventivo para transportar el arte de debajo de las narices de los invasores. Hay un pequeño romance entre Mildenhall y Patricia, pero casto y vacilante. Está la astuta baronesa que juega en ambos bandos a su antojo, y una tensa escapada a través de la frontera hacia Suiza.

Capítulo primero

Paul Schlessor, cajero del establecimiento bancario de Leopold Benjamín & C^o., de la Ludenstrasse de Viena, le llamó la atención al joven inglés, de distinguido porte, con el que conversaba, sobre la personalidad del más alto de los dos caballeros que salían del despacho del fondo, embaldosado de mármol.

—Ese es el Director del banco, mister Leopold Benjamín —le indicó con apagado acento y muestras de profundo respeto—. Viene tan raras veces que para nosotros es un motivo de alegría poder saludarle.

La insignificante figura de Schlessor pareció engrandecerse y adquirir un empaque solemne al inclinarse ante su jefe.

Leopold Benjamín difería tanto de su cajero que nadie hubiera creído que pertenecieran a la misma raza, actualmente sometida a la más terrible persecución.

El director correspondió al saludo del cajero con una expresiva sonrisa, y se detuvo un momento para observar inquisitivamente al extranjero.

El cajero abrió la verja metálica, y se aproximó al señor Benjamín.

—Perdóneme, señor director —le dijo—. Este caballero es mister Carlos Mildenhall, que trae una carta de crédito de la banca Barclays, de Londres. Mister Mildenhall, tengo el honor de presentarle a nuestro director, el señor Leopold Benjamín.

—¿Acaso es usted pariente de *sir* Phillip Mildenhall? —le preguntó amablemente al joven, alargándole la mano.

—Sobrino. Mi tío estuvo aquí como primer secretario de la Embajada, siendo joven.

—Le recuerdo muy bien. Éramos buenos amigos y cenamos juntos muchas noches. Por cierto, era muy entendido en cuestiones de arte. Le eché mucho de menos cuando se fue a Bucarest.

—Sintió mucho dejar Viena, donde tenía excelentes amigos, y entre ellos usted. Por él sé que usted posee una valiosa colección de cuadros antiguos.

—¿Y usted pertenece también a la carrera diplomática?

—También; pero ahora estoy disfrutando de licencia.

—¿Cómo está su tío?

—Perfectamente. Sin duda se alegrará cuando sepa que le he conocido a usted.

—Cosa que celebro muy de veras. ¿Cuánto tiempo estará usted aquí?

—Unos días, infortunadamente.

—Pues quiero verle antes de que se vaya, aunque llevo una vida de excesivo trajín. ¿Quiere cenar conmigo el jueves?

—Con mucho gusto.

—Pero yo acostumbro a cenar temprano. ¿Le parece bien a las ocho?

—Muy buena hora, mister Benjamín. Seguramente tendré ocasión de poderle dar a mi tío buenas noticias de usted.

—No demasiado buenas —repuso el banquero, con un súbito dejo de tristeza—. Pertenezco a una raza que cada día que pasa es más impopular en este país. Eran muy diferentes los tiempos en que estaba aquí su tío. El futuro se presenta tan alarmante que vivo en continua ansiedad. Deme mi dirección a mister Mildenhall —terminó diciendo el banquero, dirigiéndose a su empleado.

Y tras despedirse del joven, el banquero fué con su acompañante, un caballero de mediana estatura, de recia

compleción y de rostro simpático, que revelaba franqueza e inteligencia.

El señor Schlessler reanudó la interrumpida conversación con muestras de acrecentada confianza hacia su cliente.

—Si necesita más dinero, o alguna información de carácter local, tendremos mucho gusto en servirle. Estas son las señas de nuestro director: Leopold Benjamín, Palacio de Francisco José. Cualquier taxista le llevará a él.

El joven se despidió amistosamente del cajero y salió del Banco, instalado en un magnífico edificio. Al descender por la amplia escalinata, dudó un momento, no sabiendo hacia dónde dirigirse; pero acabó decidiéndose por dar un paseo a lo largo de la calle del Rey, que estaba muy animada. Eran las cinco y la jornada de trabajo había terminado. Los transeúntes revelaban en su rostro la inquietud y ansiedad reinantes, aunque se esforzaban por adquirir un aire de frivolidad. Caía la tarde, y como el verdadero vienes es poco sensible a la llamada del hogar doméstico, la gente llenaba los cafés, animados por la música y la risa fragante de las lindas vienasas. La hora crepuscular invitaba al *apéritif* y Mildenhall cedió a la general inclinación.

Llevaba una hora de vagabundeo cuando se metió en un café de atractiva apariencia, adquirió un periódico y se sentó a una mesa para saborear una copa de licor mientras fumaba un cigarrillo.

El pensamiento se le iba hacia la complaciente invitación que para la noche del jueves le había hecho Leopold Benjamin, de personalidad vigorosa e interesante. Habíase sentado en el extremo de un largo diván tapizado de peluche, y tras meditar unos minutos sobre la casualidad que le había deparado su encuentro con Benjamín, desplegó el periódico para informarse de las noticias del día.

Pero los cafés no son propicios al aislamiento, y apenas comenzó a leer el artículo de fondo, algo inesperado le sacó de su abstracción.

—¿Le molestaría, señor, si me sentase a esta mesa? —le preguntó alguien en tono amistoso y en correcto inglés.

Al levantar la mirada Mildenhall reconoció al caballero que poco antes acompañaba a Leopold Benjamín al salir del Banco.

—De ningún modo, caballero —le respondió Mildenhall —; pero no se siente en la silla, sino a mi lado, en este diván. Es más cómodo, y, después de todo, sobra sitio para los dos.

El recién llegado entregó el abrigo y el sombrero a un camarero y tras pedir una bebida se sentó.

—En nuestros días se pierde lamentablemente el tiempo leyendo esos papeles —empezó a decir, con la vista fija en el diario que Mildenhall tenía en la mano—. La mayor parte de su contenido no vale ni la tinta que emplean.

—De sus palabras deduzco que no es usted periodista.

—En efecto, no lo soy —contestó el recién llegado con toda calma—. No dudo de que el periodismo cuenta con hombres inteligentes y bien intencionados, a los que no hago responsables de lo que pasa. Pero a la Prensa atribuyo la culpa de la actual psicosis bélica. Todos los males que sufre la Humanidad se deben a las plumas asalariadas que colaboran en los diarios. Las noticias, en sí mismas, cumplen una función plausible; pero las noticias son lo que menos les importa a ciertas empresas periodísticas. Ese papel que está usted leyendo se ha entregado a una cruzada impía que está haciendo un grave daño, al fomentar las más bajas pasiones en esta ciudad tan bella, y habitada por gentes honestas y pacíficas.

—¿No estaba usted hace poco más de una hora en el Banco de Benjamín? —le interrogó Mildenhall.

—Ciertamente. Mister Benjamín es uno de los hombres más admirables que conozco. Es un gran filántropo, protector de las artes, amante de la humanidad y hombre excellentísimo. Pero una infame campaña de cierto sector periodístico le está envenenando la vida.

—La cruzada antisemita, ¿verdad? —insinuó Mildenhall, asintiendo con un gesto de simpatía.

—Es algo atroz e incalificable —observó su interlocutor en voz baja, y mirando recelosamente en torno suyo—. No se puede hablar así en un sitio público; pero sé quién es usted porque oí su presentación a *Mr. Benjamín*. Además, es usted inglés, y su nación siempre ha protegido a los pueblos perseguidos y tiranizados.

—¿No serán sus juicios un tanto exagerados? —expresó Mildenhall—. Tengo a los austríacos por benévolos y generosos, al menos por lo poco que aquí llevo visto.

—El austríaco tiende a la bondad por temperamento —admitió su preopinante—. Lo malo es lo que se oculta tras cortina. Y ahora permítame que me presente —añadió, sacando una tarjeta de un billetero que extrajo del bolsillo—. No soy judío, aunque lo parezca por el nombre que leerá aquí. Tengo una profesión que me obliga a ir de uno al otro lado del mundo. Hay pocos países que no haya visitado. Me gusta trabajar y moverme entre los seres humanos. Como ha visto, me llamo Marius Blute y estoy naturalizado en Finlandia.

—Pues yo le había tomado por inglés al oírle —repuso Mildenhall—, aunque por su aspecto es usted un escandinavo típico.

—Mi padre era ruso y mi madre finlandesa, y nací en Finlandia, realmente.

—¿Y cuál es su profesión?

—No tardará en conocerlo, puesto que nos reuniremos en la cena del jueves.

—Me encanta saberlo —confesó Mildenhall—. Lo que quisiera es que nuestro anfitrión me mostrara sus tesoros artísticos. Sé por un tío mío que su colección de pinturas constituye una de las galerías particulares más valiosas de Europa.

—No le han engañado —convino Blute—. Lo que dudo es que acceda a mostrarle los cuadros. Tenga presente que

en estos tiempos es peligroso poseer tan considerable tesoro.

—¿Acaso le amenaza algún peligro a mister Benjamín?

—Aquí no sería sensato hablar de esto. Viena, ¡ay!, ya no es lo que era. Vive aplastada bajo el peso de la Gestapo. Triste, pero cierto. Los hombres que convirtieron a Viena en una ciudad suntuosa, elegante y alegre, han sido forzados a abandonarla. Los que la embellecieron y enriquecieron son los que más experimentan ahora los rigores de la persecución. Somos muchos los que nos preguntamos cómo será el mundo de mañana. Si usted quisiera, podría llevarle a casa de un linajudo aristócrata, que vive cerca de aquí, recluido en una habitación dividida por un cortinaje de seda, traído de China, de inapreciable valor. Detrás de ese cortinaje está la cama donde duerme tan noble caballero. En otro extremo de la misma sala hay una mesa oculta tras una mampara, donde come. Son cosas de una belleza indescriptible. Al fondo hay un ventanal con unas cortinas que en otro tiempo adornaron el palacio de los dux de Venecia. Desde esa ventana puede admirarse uno de los más bellos panoramas vieneses. Hace veinte años que ese noble vive encerrado en tal habitación. Si algún anticuario judío examinara los tesoros allí encerrados para traducirlos en dinero, le diría que no hay bastantes libras esterlinas para comprarlos. La única felicidad de ese hombre es no apartarse de tantas cosas bellas, acumuladas en el transcurso de su vida. Vive aislado, temeroso, inquieto, con la esperanza de que nadie reparará en una habitación de tan pobre apariencia. La idea de que puedan despojarle, le obsesiona. Pero yo sé que lo perderá todo, pues hace tres días, al cruzar la calle vi que rondaban la casa algunos sabuesos de la Gestapo que anhelan ofrecer a sus jefes lo que ambicionan. Buscan todo lo que pueda convertirse en oro. Esta misma tarde se ha añadido otro nombre a la lista de los expoliados.

El relato de Blute, tan sencillo y conmovedor, despertó el interés de Mildenhall por el noble solitario que consagraba su vida a la custodia de sus magníficas obras de arte.

—¿Y por qué no le informa usted de lo que sucede?

—¿Para qué? Es demasiado viejo para huir del país. Además, el hecho de no estar en contacto con sus tesoros le mataría: Se morirá en el punto y hora en que los agentes de la Gestapo atraviesen los umbrales de su vivienda y le den su fatal intimación. Ese viejo aristócrata tiene contados sus días.

Mildenhall empezó a sentirse preocupado. La orquesta desgranaba las alegres notas de una canción en boga y los concurrentes del café charlaban y reían, substrayéndose a la triste realidad por lo menos en este par de horas de expansión.

—¿Sabe si nuestro común amigo Benjamín está también amenazado?

—Leopold Benjamín tiene ya marcado su destino —repuso el finlandés con tristeza y solemne entonación—. Lo que me asombra es que no haya sido ya víctima de la persecución. Es el judío más conspicuo de Viena. Hasta ahora no le han impuesto más que fuertes multas *con fines benéficos*. Tiene tal prestigio personal que hasta los viejos aristócratas, que no abren hoy sus puertas ni a los de su misma clase, le reciben y agasajan. Benjamín es la causa de todas mis preocupaciones. Su vida corre grave peligro. Es demasiado rico y poderoso para que pueda escapar indemne. Será una de las primeras víctimas del *putsch* que se prepara. Nuevos desastres afligirán pronto a Austria. Desde hace dos años no hago más que velar por la seguridad personal de Benjamín, y continuaré haciéndolo con riesgo de mi vida. Está fatalmente condenado; pero me impondré todo género de sacrificios por salvarle. Esta tarde, en su despacho, le he expuesto un plan para asegurarle la huida; pero se resiste a seguirlo por no abandonar su galería de pinturas. Yo le he prometido que sacaré clandestinamente del

país algunas de las obras más valiosas. Temo que se obstine en su actitud, y su codicia le perderá.

—Necesito marcharme —dijo Mildenhall, poniéndose de pie luego de consultar su reloj—. Procuraré informarme bien de todo en unos cuantos días, y hablaremos. Cenaremos juntos el jueves, y ya veré si le convengo para que me enseñe los cuadros de los antiguos maestros.

—Unos cuantos días serán el límite de tiempo disponible para llevar a cabo mi plan —dijo Marius Blute, suspirando—. El jueves nos veremos en el Palacio de Francisco José, mister Mildenhall. Saboreará las exquisiteces del mejor cocinero de Viena y los vinos más selectos. El banquete será el preludio de la invasión de los filisteos.

Cuando Mildenhall salió del café aún resonaban en sus oídos las últimas palabras de su compañero de mesa; pero lo que más le había impresionado era la sombra de tragedia que entenebrecía los ojos del caballero que había conocido poco antes en el Banco. Leopold Benjamín tenía el aire del hombre que no puede escapar de las garras de la muerte.

Capítulo II

Mildenhall entró en la Embajada inglesa con la desenvoltura de quien está habituado a la vida del mundo de la diplomacia. Inmediatamente le recibió el embajador, *sir* John Maxwell-Tremearne, y luego se encerró con el primer secretario, Freddie Lascelles, muy bien relacionado con la mejor sociedad de Viena y deportista distinguido.

—Tú siempre rondas como un ave agorera en los ambientes turbulentos —comentó el secretario—. ¿De dónde vienes, Charles, y qué vas a hacer aquí?

—Sencillamente, estoy recorriendo esta zona de Europa —contestó Mildenhall, aceptando el cigarrillo que le ofrecía su compañero—. Vengo de Budapest.

—¿Y cómo está aquello? Agitado, ¿no?

—En todas partes hay agitación. Europa es una hoguera crepitante.

—¿Qué me dices de la movilización total del ejército polaco? —le preguntó Lascelles.

—Corren rumores de que se decretará en breve —admitió Mildenhall—. ¿Cuándo enviaréis las nuevas instrucciones?

—Esta noche.

—¿Por avión o por ferrocarril?

—En este momento lo ignoro —repuso Lascelles—; pero en seguida te lo diré —añadió, marcando un número en el teléfono.

El diálogo, en alemán, fue breve.

—Por avión —explicó Lascelles, colgando el auricular.

—¿A qué hora?

—Muy tarde. El jefe cena en la Cancillería y a su vuelta tendrá algo que añadir.

—Pues yo necesito comunicar algo.

—¿Qué espacio necesitas?

—El suficiente para el informe semanal, unas hojas. Si no te importa lo escribiré aquí. Es cosa de un par de horas.

—Quédate aquí con toda tranquilidad. ¿Quieres un libro de claves?

—No me sobraré; aunque en realidad puedo prescindir de él.

Lascelles observaba admirativamente a su amigo mientras disponía cuanto pudiese requerir la índole de su trabajo.

—¡Cuánto desearía poder redactar informes como los tuyos! —exclamó Lascelles— El último que enviaste se componía de quince hojas de escritura cifrada.

—El de hoy será un poco más largo. Mis informaciones no requieren más que un poco de habilidad.

—Que a mí me falta —reconoció Lascelles—. ¿No has preparado notas?

—No me hacen falta.

—¿Cuándo enviaste tu último informe a nuestro Gobierno?

—El jueves pasado, desde Varsovia.

—Por fuerza tendrás mucho que decir, y me extraña que lo hagas en lenguaje cifrado sin notas y sin consultar un libro de claves.

—La costumbre, chico —observó Mildenhall, sonriendo amigablemente—. No descuides el lacre.

—Tienes en ese cajón. ¿Verás esta tarde a Su Excelencia?

—Ya veré lo que hago cuando termine.

—Este timbre —le indicó Lascelles— es el de la Secretaría y este otro para el servicio. Llama si deseas algo. Como yo vivo en la Embajada, cuando acabes llámame y tomaremos un cóctel juntos, si tienes tiempo.

Al rato de estar trabajando, se presentó un criado que le presentó en una bandeja un sobre sellado. Mildenhall lo acogió afablemente.

—De parte de mister Lascelles le recuerdo que le llame antes de marcharse. Está libre esta noche y quiere que le acompañe a cenar.

—No sé a qué hora terminaré, Butler. De todos modos, dele mis más expresivas gracias. ¿Qué tal siguen las cosas por aquí? ¿Hay la misma alegría de antes?

—Las cosas han cambiado mucho, señor —repuso el criado con gravedad y tristeza—. Son pocas las satisfacciones.

—La gente anda nerviosa, ¿verdad?

—Todos temen lo que pueda venir. Lo que conturba es la actitud de los del otro bando.

—Dígale a mister Lascelles que le llamaré apenas pueda —le ordenó Mildenhall, con un amable gesto de despedida.

Mildenhall permaneció un momento inmóvil en su silla y con aire de preocupación. Al cabo de sus meditaciones, miró en torno suyo. Todo le era familiar; todo seguía lo mismo en aquel despacho, donde escribiera el informe final después del largo recorrido que tan secreta y misteriosamente realizó años antes por diversos países de Europa. Aquí se consideraba siempre seguro, con las dos puertas cerradas y cubiertas con pesados cortinajes que le aislaban del exterior. Rasgó el sobre y sacó la llavecita con que abrió la caja donde se encerraban los libros de claves. Seguidamente reanudó su trabajo.

Dos horas más tarde había terminado. En las ocho hojas de papel timbrado, con su letra clara y firme y en clave, daba cuenta a su Gobierno del resultado de su visita a Moscú, Varsovia, Bucarest y Budapest, velando siempre su personalidad y sus intenciones. Encendió un cigarrillo y con toda

calma repasó su escrito. Al terminar, una sonrisa de satisfacción distendió sus labios. No tuvo que corregir nada ni modificar concepto alguno; pero creyó del caso añadir dos líneas en una clave que sólo conocían él y la persona que habría de leer su informe. Dobló las hojas, las metió en un sobre de papel de hilo y usó liberalmente del lacre, en el que estampó su propio sello. Guardó el libro de claves en la caja, la cerró y metió la llavecita en un sobre, que selló. Hizo sonar el timbre y se presentó un joven de gafas y de tez pálida, empleado en la Secretaría, que saludó al ocupante del despacho con ademán circunspecto.

—Buenas noches, mister Mildenhall.

—Hola, Paul. Hazte cargo de este paquete —le dijo Mildenhall, entregándole el sobre.

—Lo dejaré entre la documentación del día, hasta la hora del envío, señor.

—¿Quién llevará el avión de esta noche?

—El comandante Grimmet.

—Amigo excelente y digno de toda mi confianza —reconoció Mildenhall—. A mí no me importaría volar con él.

—Pero no va usted a dejarnos tan pronto, supongo yo —indicó el funcionario.

—Por ahora, no —fue la respuesta de Mildenhall—. ¿Está mister Lascelles en el despacho?

—Creo que espera una visita.

—¿Y la señora embajadora?

—Cena aquí esta noche. Me ha encargado que le diga que le espera hasta las nueve para tomar un cóctel.

—Faltan sólo cinco minutos —observó Mildenhall, examinando su reloj de pulsera—, y un cóctel me parece siempre una cosa extraordinariamente agradable, amigo Paul.

—Su Excelencia está en el saloncito, y mister Lascelles se reunirá allí probablemente con ustedes.

Lady Maxwell-Tremearne era el ejemplar típico de la embajadora. Había nacido en Washington y conoció al que era su marido en el Tirol austríaco, adonde fue atraída por